

el anciano Ataulfo propone encomendar la decisión al papa, y todos se dirigen á Roma.

Entretanto Wamba seguía su camino á la aldea, cuando al atravesar el bosque le ocurrió cortar un haz de leña que llevar á una infeliz viuda. Habiéndose desmontado, se acercó á un árbol con el hacha; pero ¡oh maravilla! una corona de flores cae á sus piés, y luego dos mas, y cuando levanta los ojos atónito para ver si alguno trata de burlarse de él, una mano sale de entre las hojas y le presenta una corona de oro, y al mismo tiempo una voz le dice: Toma.

WAMBA. ¿Yo tomarte? No por cierto.

LA VOZ. Me voy á caer.

WAMBA. Dueña.

LA VOZ. Con que ¿no me quieres?

WAMBA. No.

LA VOZ. ¿Por qué?

WAMBA. Por no convenir á un hombre de mi clase las piedras preciosas que te adornan.

LA VOZ. ¿Y qué sabes tú?

WAMBA. No; pues solo con verte se me llena el alma de disgusto y de tristeza. Dirígete á cualquier otro. Tu circunferencia es muy ancha, bella y preciosa corona; sin embargo, si quisiera yo ponerte en mis sienes, conozco que había de sufrir lo mismo que si te apretara demasiado con mi cabeza. *(Se aleja.)*

LA VOZ. Un momento, aguarda.

WAMBA. Deja, deja que me vaya.

LA VOZ. Escucha, Wamba.

WAMBA. Nada: nada tengo que escuchar, te repito: deja que me vaya. Una corona es como el sol; no se debe mirar mas que de lejos, y desviar los ojos de ella.

Y se va. Entretanto en la sala concejal de Hircana están reunidos los individuos del ayuntamiento, tratando con gravedad de la elección del alcalde. Es ingeniosa la pintura de los pequeños incidentes de esta elección, y del disgusto del alcalde saliente. Pero, en cuanto llega Wamba, todos los votos se reúnen á su favor, y á pesar de su resistencia, le juzgan el mas capaz y digno. Entónces los electores beben á su salud, y él, viendo pasar á un pobre, le da su copa; compra á un vendedor de imágenes una que representa la aparición de la Virgen á San Ildefonso; al sacar de pila al niño de un consejero, la criatura le dice que será rey, y los campesinos se miran atónitos. Este pronóstico, unido al milagro del bosque, turba é inquieta el corazón de Wamba, tanto como exaltaron el de Machbeth las brujas en la tragedia de Shakspeare.

El papa, una vez que ha recibido la nota de los competidores al trono visigodo, se retira á orar; pero un ángel se le aparece, y le dice que Dios ha elegido á un pobre campesino, que le encontrarán arando con un buey colorado y otro blanco, y que se llama Wamba. Los orgullosos pretendientes obedecen el decreto del Cielo, y despues de darles el papa su bendición, parten en busca de aquel Wamba.

En la jornada II ha pasado un año, y los señores han registrado toda la Península sin hallar á Wamba. Con todo, se toman el trabajo de escudriñar aun la Galicia, y uno de ellos divisa el arado de los bueyes blanco y colorado, y á él se dirigen. Wamba, concluido el surco, descansa apoyado en la reja, y confusamente recuerda los milagros del Cielo.

¡Dichoso mil veces aquel que, lejos del ruido de las ciudades y del fáusto de la corte, pasa su vida en una modesta y tranquila morada! no tiene que temer la malicia y la calumnia de los embusteros cortesanos, y está con mas seguridad debajo de su tejado de paja que en los palacios dorados. No recibe hipócritas homenajes; no ve el terrible semblante del rey, ni tiene que besarle su desdeñosa mano. Envidien otros la felicidad de los monarcas; en cuanto á mí, sin tener mas que mis dos bueyes por toda riqueza, vivo mas contento al lado de mi Sancha que si fuese señor de toda España. ¿Y qué ventaja tan extraordinaria tienen los reyes sobre sus súbditos? mientras viven, continuos rompimientos de cabeza; y cuando mueren, una mortaja de tela mas fina.

Al rústico filósofo se acercan los magnates godos.

ERVIGIO. Pues, ¿qué es esto? ha desatado los bueyes, y á buen seguro que el honrado campesino se prepara á volver á su chiribitil.

ATANAGILDO. ¿Piensa por ventura en ello?

ATAULFO. Está mirando al cielo, y parece absorto en una profunda meditacion.

WAMBA *(volviendo en sí, y llamando á los bueyes)*: ¡Holá! Bardino; por acá... por acá, ¡bribon!

ERVIGIO. Son los bueyes como nos dijo el Santo Padre! y si por lo demas es lo mismo, si ese campesino se llama Wamba, está destinado á reinar sobre nosotros.

ATANAGILDO. ¡Por Dios! veamos lo que quiere hacer.

SANCHA *(saliendo de la cabaña)*. ¡Ea, Wamba! vamos á cenar. La comida se pone fria.

WAMBA. Allá voy.

RODOLFO. Le ha llamado Wamba.

ATAULFO. Sí, Wamba. Obedezcamos desde ahora á nuestro digno y santo rey *(se acercan, y se arrodillan ante él)*. Concedáanos Vuestra Majestad su real mano.

WAMBA. ¿Qué es esto? Levantáos; vamos, vamos. No os burléis de mí. Cierto es que no soy mas que un pobre aldeano; pero tampoco soy tan palurdo como podrian dejar creer mis vestidos, y en mis venas corre la sangre de los Godos.

RODOLFO. Estamos seguros de ello, señor, y con todo juicio os proclamamos nuestro rey.

WAMBA. Levantáos, señores, ó voy á ponerme de rodillas ante vosotros... Á buen seguro sois gentes de armas. Con mucho gusto os seguiría, pues tambien á mí me gusta la guerra, y me es sumamente grato el sonido del clarín; pero estoy recién casado con mi pobre Sancha;

es jóven y pobre, y tiene necesidad de mi apoyo. Sírvame esto de excusa con vosotros.

ERVIGIO. Desengañáos, noble señor; hemos venido á reconoceros por nuestro rey. Dejad la esteva del arado, y venid á tomar posesion del trono de Toledo.

WAMBA. Por favor, señores, dejáos de chanzas.

TEOFILO. Nada de chanza... Dios os ha dado el cetro de España.

WAMBA. Seguramente váis equivocados. ¿Quién soy yo? ¿qué es lo que valgo para gobernar un Estado? ¿Y qué? cuando hay tantos Godos de sangre real, ¿no sería contra toda justicia si llegara yo á ser su rey?

ATAULFO. Pues bien, sabed que Dios mismo lo manda; quiere Dios recompensar de este modo vuestros méritos y virtudes.

Entónces le cuentan lo ocurrido, y Wamba, lleno de admiracion, exclama: « ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo para que vos me escoláis? No, no puedo creer todavía que hayáis puesto los ojos en mí, tan indigno me creo de ser promovido á tan alta dignidad. Así puedo yo ser rey como puede dar flores mi vara. » Aun no ha concluido estas palabras, cuando se queda cubierta de flores su vara. Ante el nuevo milagro cede y consiente en ser rey, suplicando al señor que le guie.

En esto sale Sancha, llena de inquietud por la tardanza de su marido, y al verle en medio de tanta gente, teme hayan venido á llevárselo. Informada de la verdad, se lamenta, y dice: « En que vendrán á parar nuestros bueyes? — Los regalaremos. — ¿Quién va á ser nuestro alcalde? — Nombraremos otro. — ¿Y en qué voy á parar yo, si vos sois rey? — Seréis reina. » Y salen todos para Toledo en medio de aplausos y vivas.

Entretanto el rey moro Alucan medita ocupar la España, creyendo encontrarla desprovista á causa de los desórdenes del interregno. Desembarca en Cartagena y se adelanta sin circunspeccion, llevándolo todo á fuego y sangre.

Wamba, en cuanto llega á Toledo, se dirige á la catedral para rogar á Dios y la Santa Virgen y ver la casulla de San Ildefonso. Entrando despues en el palacio, distribuye los empleos y promete servir de padre al hijo del rey difunto. Oyendo entónces que Alucan avanza, manda se apronte el ejército; tranquiliza á la temerosa Sancha; va, vence y perdona á Alucan.

En la jornada III, organiza el reino; establece una nueva moneda, pesas y medidas uniformes, etc. Tantas ocupaciones disgustan á la pobre Sancha, y como todas las mujeres de maridos que suben á altos puestos, dice que en un tiempo Wamba tan solo pensaba en ella, y que ahora, entregado enteramente á los negocios, no la dedica sino cortos instantes, por lo cual era mucho mas feliz en su aldea.

Wamba concede gran favor á Pablo el Griego, que habia sido consejero de Alucan, y los señores envidiosos aguardan lugar y tiempo oportunos para vengarse. Decláranse tambien enemigos de Wamba los jóvenes calaveras, á quienes no suministra fiestas y distracciones, y van á ofrecer la corona á Pablo el Griego, que la acepta, echándose encima el borron de la ingratitude, y promete festines, bailes, regocijos públicos; en vista de lo cual van á amotinar las provincias. Wamba lo sabe, marcha contra ellos, los vence, y no impone á los jefes rebeldes mas pena que la prision. Pero, si ha conseguido reprimir la rebelion abierta, se fragua otra en secreto. Ervigio, que habia quedado como gobernador de Toledo, piensa envenenarle para sucederle, segun se lo tenia anunciado un adivino.

Wamba, vencedor, y sin embargo melancólico, echa de ménos la tranquilidad de la vida humilde, y suspira por la paz que ha perdido, sin saber cuál es la culpa que Dios le hace expiar. En esto se queda dormido, y apareciéndosele un ángel, le anuncia que su fin está próximo. Despierta anhelante, pide de beber, y Ervigio mezcla veneno en el líquido: Wamba espira en los brazos de Sancha.

Era el hombre predestinado para la salvacion de España: la indisciplina y el desórden de los señores muestra cuál será en adelante la suerte del país.

¿Qué hecho mas glorioso para los Españoles que la conquista de América? Así, pues, á él acudieron frecuentemente sus poetas, en especial los dramáticos. Lope puso en escena á Colon, asociando la grande empresa de este Italiano con la otra enteramente española de la toma de Granada.

En el acto I Colon solicita que los monarcas le apoyen, y habla y obra con elevada inteligencia, sereno entusiasmo y sencilla conviccion, propia del hombre de altas miras, escogido para cumplir los designios providenciales. En la primera escena, expone su idea á Don Juan II de Portugal; pero este le rechaza por ineptias pedantescas, que el poeta cuida de hacer resaltar con la emulacion propia de un Español contra un Portugues. Colon y Bartolomé, su hermano, son introducidos por el duque de Alencaster en el gabinete de Juan II, el cual pregunta al duque:

REX. Un proyecto verdaderamente atrevido ha concebido este; ¿es acaso un Español?

DUQUE. Ahí le tenéis, señor; bien le podéis preguntar.

REX. ¿Cuál de los dos es?

DUQUE. Este.

REX. ¿Por consiguiente eres tú, nuevo Tales, quien abrigas la pretension de salir de ese mundo para ir en busca de otro sobre nuestro globo?

COLON. Noble rey de Lusitania, yo soy Cristóbal Colon; nací en Nervi, pequeño lugar de Génova, flor de Italia, y actualmente vivo en la isla de Madera. Allí tomé puerto, no hace mucho tiempo, cierto piloto, y yo le dí asilo en mi humilde casa. Se habia visto combatido

mucho tiempo por la tempestad; volvía con una salud quebrantada, y en breve murió. Pues aquel hombre, á lo que estaba para exhalar el último aliento, « Colon (me dijo con una vez débil y trémula), no me queda mas que un medio de agradecerte la hospitalidad que generosamente me has dado, no obstante tu modesta fortuna. Son estos papeles, que contienen mi testamento, mis últimas disposiciones. No poseo otros bienes; con dejártelos, te dejo todas mis riquezas de pobre piloto. Pero tienes que saber que en mi último viaje, mientras iba por mar hacia Poniente, se levantó de repente una horrorosa tormenta, que me arrastró á mares donde con estos ojos ví un cielo enteramente nuevo, y un país desconocido; un país cuya existencia ni siquiera han sospechado jamas los hombres, y que sin embargo toqué yo con mis piés. La misma borrasca, que á pesar mio me habia arrastrado allá, volvió en cierto modo á llevarme á España, despues de haber ejercido su furor no solo contra los árboles y aparejos de la nave, mas tambien contra mi vida misma. Toma mis papeles, y ve si tienes suficiente arrojito para semejante empresa, persuadiéndote de que, si Dios te auxilia, vas á adquirir una fama inmortal. » — Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando exhaló el último suspiro. Yo que, á pesar de mi humilde condición, noto en mí el conocimiento y el ánimo para cosas grandes (lo digo sin ostentacion), quiero, si vos me concedéis vuestro amparo, ser el primer argonauta de aquel desconocido país; sí, señor, quiero daros un nuevo mundo, que por tributo os pague oro, plata, piedras preciosas, y de donde saquéis aun mas honra y gloria. Confíadme cierto número de Portugueses, unos cuantos buques y algunas carabelas, y ademas unas pocas barcas; entraré en mares que no han sido surcados todavía, os haré reconocer por señor del camino que el sol azota cuando está mas caloroso, y obligaré á los habitantes de aquellos países á que vengan á besar humildemente vuestros piés.

REY. No sé, Colon, cómo he podido escuchar hasta el cabo sin echarme á reir. Verdaderamente eres el hombre mas loco que se haya visto jamas bajo las estrellas. ¿Y qué? ¿un pobre diablo, que tú has visto morir, en un acceso de frenesí, ha podido darte tanta ilusion con poner en tus manos algun pedazo de papel! Por supuesto no quiero creer que seas un trapacero intrigante, y que hayas querido burlarte de mí. Los mas célebres cosmógrafos han dividido siempre la tierra en tres partes, Europa, Asia y África. Europa, que es la mas pequeña, tiene á Roma por capital, y por regiones principales á Francia, España, Italia, Grecia, Alemania y Cerdeña. África, que es mas importante (quiero decir, en cuanto á extension), y que en otro tiempo vió triunfar y llorar á Cartago, contiene la Libia, la Etiopia, el Egipto, la Numidia y la Mauritania. Asia, dependiente antiguamente de Troya, encierra

la Média, la Persia, la Albania, la Palestina, la Judea, la Escitia, la Arabia y la Gedrosia. Fuera de estas tres partes, no es posible, en mi concepto, que tú halles otras, salvo si las subdivides, ó á no ser que tú sepas mas que el gran Tolomeo. Véte, amiguito, á curar tu cabeza enferma; y en vez de imitar á los alquimistas, ocúpate de la realidad; no te metas en conquistar mas que las cosas cuya existencia esta demostrada por el testimonio de nuestros ojos, y no te encapriches en lo que es imposible, si no quieres perder el juicio... ¿Sobre qué débiles fundamentos has tú fabricado el mundo? ¿y cómo has podido creer que una línea trazada en el papel sea el camino del sol?... (*al duque*): ¡Insensatos, que van corriendo siempre tras de su pérdida, y acarrear fastidios á los reyes! Véte, Colon, anda á cantar tus maravillas en Castilla, donde se las tragan mas gordas; en cuanto á Portugal, lo que yo deseo es que no permanezcas mas tiempo en él. (*Se sale con el duque.*)

BARTOLOMÉ. Si te parece, de contado tomo el camino de Inglaterra.

COLON. Y yo el de Castilla, por ser un país á que siempre he tenido mucha inclinacion... Solo estoy temiendo que esté demasiado ocupado el rey de España en el continente, para que pueda dar la mano á una empresa marítima.

En Castilla, es causa de retardo la conquista de Granada, de la que se nos dan muchos episodios. En santa Fe, se contenta Colon con una conversacion entre él y los duques de Medina Sidonia y Medinaceli, de los cuales no recibe mas que burlas respecto á los supuestos habitantes de la zona tórrida y á su creencia en los antípodas.

DUQUE DE MEDINACELI. Jamas he visto otro mas divertido. ¿De dónde sois, hombre?

COLON. Noble duque de Medinaceli, generoso descendiente de los Guzmanes y de los Cerda, tened la bondad de escucharme un ratito siquiera, y en pago dignese el Señor hacer ilustre para siempre á vuestra posteridad en esta hermosa España. Conforme os he dicho, mi nombre es Colon; nací por la parte de Génova, y vivo en la isla de Madera.

DUQUE DE SIDONIA. Á fe mia, mejor hubierais hecho con quedaros en ella. No habia para qué venir hasta acá para hablarnos de tan extravagantes proyectos. ¿Qué es eso de antípodas? ¿qué es eso de nuevo mundo?

COLON. Examinad esta carta marina.

MEDINACELI. ¿Cuál?

COLON. Esta.

MEDINACELI. Es una verdadera carta de loco. No os habéis olvidado mas que de una cosa, y es el camino del juicio.

SIDONIA. Ved hasta dónde puede la ambicion arrastrar á los hombres. En la carta de este atolondrado, el Nilo, el Indio, el Ganges y el Eufrates ni tampoco son perceptibles.

COLON. ¿Esto os parece? Sin embargo ahí está bien marcada toda su corriente.

MEDINACELI. Sería menester creerlo porque lo decís así.

SIDONIA. Su vestido le sirve de testigo.

MEDINACELI. ¿Ignoráis acaso, hombre de bien, que tanto los antiguos como los modernos han tratado la cuestion de si es posible que vivan hombres en la zona tórrida, bajo un fuego sempiterno?

COLON. Sin embargo, señor, en la Escitia hay hombres vivos, á pesar del rigor del clima; ¿y por qué no ha de haberlos en un país abrasado del sol?

SIDONIA. En este caso deben admitirse los antípodas, se debe admitir que hay hombres que tienen las plantas de los piés en sentido opuesto á las vuestras, y sin embargo anden lo mismo que ando yo ahora.

COLON. Pues cabalmente tales son los hombres que quiero yo ir á descubrir.

SIDONIA. Bonita fabulita por cierto. Á Esopo la habia yo de recomendar, si existiera aquel hombre todavía. ¿Hombres en pié debajo de nuestros piés!

COLON. Pues, ¿y por qué no? así como hay hombres que viven medio año sepultados en las tinieblas de la noche, ¿por qué no habria otros que viven en condiciones enteramente opuestas? Pensad cuán rígidos son los hielos de Noruega.

MEDINACELI. Entónces, sencillote, vos solo seriais mas docto que toda la antigüedad, la cual habia tambien medido la tierra hasta en sus mas pequeñas fracciones. Marchaos, pues, id á aquel hermoso país que el sol tuesta, pero cuidad con el caso de Felóntes.

SIDONIA. ¡Qué idea tan extravagante! ¿en un país quemado por el sol, no se abrasarian los hombres! ¿ó cómo es posible figurarse hombres abrasados, y no obstante vivos?

COLON. Puede suponerse por induccion, señor, al ver lo que sucede en el Norte.

SIDONIA. En cuanto á esto, es un hecho que ya es sabido.

COLON. Lo será igualmente el que os estoy diciendo yo. Sí, y aun cuando combatieran mi proposicion todos los matemáticos de este mundo, habia yo de sostenerla como verdadera.

MEDINACELI. Querido duque, es por demas cansarnos así; dejémosle. Vos decís que hay un mundo nuevo; pues bien, cogedlo.

COLON. Precisamente para ello imploro vuestro apoyo.

MEDINACELI. Mil gracias; para mí el único mundo es Celi.

SIDONIA. Y Sidonia es mi universo.

Y se marchan riéndose; y á Colon, al salir, por poco no le siflan los lacayos y ayudas de cámara. El uno le dice: « Señor Colon, ¿no me daréis una esquinita de aquel mundo, á mí que ninguna culpa tengo en el error de estos señores? » y otro: « Yo, señor, tengo frio en invierno, y con gusto iria á aquel otro mundo, donde el sol, muy rojo, muy ardiente, os asa con sus rayos.

Por su parte, vuelve á España el hermano de Colon, poco satisfecho del rey de Inglaterra.

BARTOLOMÉ. Ni siquiera ha querido consultar á los matemáticos, ni hacer caso de mis proposiciones.

COLON. Buenas tempestades sufren á veces los pobres marineros en el continente. Pues cómo, ¿no habrá un rey que quiera enriquecerse? así como así no deja de ser extraño.

Y desalentado, resuelve Colon volverse á Génova; y mientras que está su hermano disponiendo la partida, él, solito, inclinado sobre sus mapas, entra en una profunda meditacion, que al cabo es un éxtasis fantástico: « El mismo nivel tienen la tierra y el agua... la tierra es de forma esférica, segun lo prueba la sombra en la luna cuando hay algun eclipse, y la inmovilidad del globo en medio del universo; está dividida en cinco zonas, como la esfera de los círculos... las zonas frias tienen sus habitantes, aunque en corto número; las templadas ofrecen una morada gustosa y fácil; la Média, sita en los trópicos, y constantemente asada por los rayos perpendiculares de un sol picante, nos parece á nosotros que no puede habitarse; pero el Cielo me inspira lo contrario; me está diciendo que debe haber hombres allí, y que nosotros tenemos antípodas... Pero ¿qué utilidad saco con estar sin cesar rompiéndome la cabeza con la misma idea? El pobre, á pesar de todo su ingenio, jamas debería meterse en grandes especulaciones; bien puede sentirse con alas; la necesidad, semejante á una roca, le tiene invenciblemente clavado á la tierra. »

En esto se le aparece la imaginacion con traje brillante y de varios colores, y « ¿en que estás pensando, Colon? le dice; ¿por qué estás midiendo así con tu compas este mapa? »

COLON. ¿Quién eres tú que así me preguntas?

IMAGINACION. Yo soy tu misma imaginacion.

COLON. Pues bueno, estaba yo pensando que el sabio, cuando es pobre, muere sin gloria en este mundo.

IMAGINACION. Nada; desde aquí estoy oyendo la trompeta de la fama que te llama.

COLON. Quiero regresar á mi país, pues no hallo aquí nadie que quiera protegerme.

IMAGINACION. Puedes contar con España, en cuanto concluya la guerra de Granada.

COLON. Mi mala suerte me precisa á retirarme; déjame al cabo tomar algun descanso.

IMAGINACION. Dejarte no puedo; es menester que te lleve conmigo.

COLON. ¿Y adónde?

IMAGINACION. Agárrate fuertemente conmigo.

COLON. Vamos, déjate de esto: ¿quieres hacerme desesperar?

IMAGINACION. Vente conmigo, ven; partamos.

COLON. ¿Adónde me arrastras?

IMAGINACION. Á un lugar donde sabrás si debes realizar tus designios.

Y le lleva, al traves del aire, hasta los piés del trono donde está sentada la Providencia, con la Religion Cristiana á la derecha y la Idolatría á la izquierda. Aquí sigue una escena fantástica, pero que debió pasar muchas veces en el espíritu de Colon. La Idolatría, ante el tribunal de la Providencia, reclama contra la Religion Cristiana, que quiere arrebatárle sus últimos dominios y Lucifer sostiene su causa; pero la Providencia falla á favor de la Religion, y la España y la Cruz tomarán posesion del nuevo hemisferio. El demonio derrotado se retira, aunque jurando coger en el nuevo mundo á Colon y á los Españoles. La Providencia ordena á la Imagination que conduzca al ilustre Genoves á presencia de Fernando é Isabel, á quienes él, alentado por esta vision, explica sus proyectos de conversion y de conquista. Isabel, como inspirada por Dios, los adopta, y le manda dar hombres, dinero, barcos. Colon se embarca en el puerto de Pálos. Grandísima me parece esta prótasis, y al público á quien la presentaba Lope, el asunto debía naturalmente ofrecerse bajo el aspecto español y católico.

En el acto II (en esta obra son actos, no jornadas) el almirante está en el mar, y la tripulacion sublevada pide la vuelta á sus hogares; pero él logra calmarla, y obtiene una tregua de tres dias ántes de hallar la tierra del descanso y de las riquezas, donde deberán plantar la Cruz. Entretanto el poeta se anticipa al acontecimiento, y traslada al espectador á la isla Guanahami, en medio de los amores, los zelos, las rencillas de aquellos pueblos, que nada tienen de inocentes. Á la vista de los Europeos experimentan un terror cándido, y como tal chistoso.

Esforzado cacique (dice un Indio), poderoso protector de esta isla, vuelve la vista hácia el mar, y vas á ver tres casas. Casas en apariencia, pero en realidad son entes vivos que, envueltos en anchas sabanas, andan encima de las aguas.

CACIQUE. Estás hablando como un tonto. ¿No ves acaso que son unos peces de raza conocida, que se dirigen á nuestra isla para comer carne humana?

OTRO INDIOS. Estoy asustado, como conocéis; y no acierto á deciros lo que he visto. Aquellas casas, que entrañaban hombres, ya les han dado á luz; y la tierra, pisada por ellos, se está conmoviendo. Entre ellos he visto uno tan grande que descuella los pinos de la montaña. Tiene dos cabezas, y una de ellas forma la mitad del cuerpo.

CACIQUE. ¡Extraño es esto!

EL INDIOS. La superior me parece pequeña, pero la del medio del cuerpo me ha espantado. Es enorme, sus narices son inmensas y abiertas; y están medio tapadas por unos largos cabellos que le están cayendo por los dos lados.

Toda su boca está rodeada de espuma. Tiene unas orejas largas y derechas; y una voz fuerte y alta; pero tiene las piernas delgadas; tiene cuatro, y corre con una increíble velocidad.

Los Europeos desembarcan, plantan la Cruz y entonan un himno en loor suyo.

COLON. Yo soy quien debo saludarte primero, ilustre y santo lecho, en el cual fué extendido y murió Dios. Tú eres el noble estandarte que él izó contra el pecado, él que con morir venció á la muerte, y nos dió la vida á nosotros. Aun en tu sagrado leño veo los vestigios de su gloriosa sangre.

FRAY BOYLE, *capellan*. Árbol indestructible de la barca de la Iglesia, que subes hasta el cielo como la mística escala de Jacob, tu vela es la sábana que envolvió los restos mortales de Dios hecho hombre, y jamas igualó piloto alguno al gran sacerdote que te dirige.

BARTOLOMÉ. Divina vara de Moisés, que dividió al Mar Rojo, brillante farol que alumbras al hombre en su senda, te planto no sin recelo en esta tierra, aunque indigna de ti, porque no conoce al Dios verdadero. Este es el desierto de Egipto; y si nosotros tenemos un rastro de fe, tambien hemos de ver la tierra prometida.

PINZON. Verde laurel de victoria en el cual reclinó la cabeza Cristo, ahora que te has dignado comparecer en este nuevo mundo, dignate tambien purificarlo de las inmundicias de la idolatría, ya que la sangre, de que estás teñido, fué derramada por todos los hombres; y crece en este lugar donde te ha plantado nuestra cristiana audacia.

ARANA. Melodiosa arpa de David, en la cual fué dolorosamente clavado aquel cuya venida profetizaste, y con la cual cantó en otro tiempo el santo rey aquella melancólica música que llegó á entristecer los cielos, á ti toca, arpa santa, convertir con tus acentos á la fe todo este bárbaro pueblo.

Concluida la piadosa ceremonia, se esmeran los desembarcados en amansar á los Indios; prueban ganar á la hermosa Palca, que ha venido excitada de la curiosidad, y á la que hacen aceptar sonajas y un espejo. Al fin se planta la Cruz en la isla, se toma posesion de ella, y se dispone Colon á regresar á España, dejando el mando á su hermano, y llevando consigo diez salvajes, y ademas animales y plantas del país. Un teniente de Colon le dice: « Sabed, sin embargo que España espera algo mas de vos. »

COLON. Oro, ¿no es verdad? (y enseñando oro á un Indio) ¿Tenéis esto?

UN ESPAÑOL. Ha dicho que sí.

COLON. ¿Á qué viene tanto regocijo? La salvacion de estos hombres es para mí el primer bien.

UN ESPAÑOL. ¡Qué dicha! Busquemos oro (á cierto Indio). Véte, amigo, á traerme de esto (á Colon). Vos no podéis sentirlo.

COLON. Lo que siento es que lo hayáis pedido tan pronto.

PINZON. Anda, anda, y vuelve luego con los rieles.

COLON. Tomad, y no seáis tan hambrientos de él.

PINZON. Es para nosotros cosa de derecho. Lo hemos ganado.

ARENA. ¡Benditos sean nuestros trabajos!

TERRÁZAS. ¡Benditos sean nuestros padecimientos!

FRAILE. ¡Cómo! ¿os ponéis vosotros á besar estos rieles?

TERRÁZAS. Padre, ponéos á enseñar á estos guapos.

Incidente bellísimo para mostrar la grosera avaricia de la tripulacion, que no veia sino oro en lo que Colon contemplaba un mundo que civilizar y almas que instruir en la fe. Ni tampoco Lope perdona á los salvajes. Pide Colon víveres á un jefe, y le responde este: « Me parece que pides de comer. Antes, véte á degollar cuatro prisioneros míos, los mas regordetes que haya. Hazlos cocer, y despues sírvelos á la mesa.

En el acto III, despues de partir el almirante, los vicios de los Españoles aparecen en toda su desnudez y violencia; devotos, codiciosos, amigos del deleite; falsos, viles, rapaces los Indios, y de la mezcla de estos vicios resultan escenas sumamente animadas.

Un oficial manda una carta y doce naranjas á fray Boyle, que está dando vueltas en una isla cercana, y las confía á un Indio.

FRAILE. Dáme la carta, buen Indio.

INDIO. Aquí está lo que me han dado para ti. Pero dime, ¿esta debe hablar?

FRAILE. Veamos de qué se trata. (*Lee.*) — Padre, los Cristianos y los Indios desean con ansia que volváis á Haití.

INDIO (*aparte*). ¡Por el sol! ¡extraño prodigio! ¡Está hablando la carta!

FRAILE (*siguiendo*). Solo la Cruz ha hecho milagros en Guanahami; bastó para convertir á los habitantes, y todos quisieran oír misa.

INDIO (*aparte*). ¡Sol divino! ¡ella no ha dicho ni siquiera una palabra en todo el camino, y á lo que ha llegado acá, de contado se ha puesto á hablar! Verdaderamente este es un dios, supuesto que hace hablar á los objetos mudos.

FRAILE (*continuando*). Yo parto con vos lo que tengo; os mando doce naranjas, de las dos docenas que me quedan. (*Cuenta.*) No hay mas que ocho (*dice al Indio*). ¿Cómo sucede esto, hijo? faltan cuatro.

INDIO. ¿Pues quién te lo ha dicho?

FRAILE. El papel.

INDIO. Jamas hubiera yo llegado á imaginármelo.

FRAILE. Tú las has comido.

INDIO. Sí: te pido perdón á ti y al papel. Á haber sabido yo que tenia él intencion de decirte, no las hubiese comido yo.

FRAILE. No lo harás otra vez.

INDIO (*aparte*). ¡Traidor!

FRAILE. Piensa en que Dios te ha de castigar. INDIO (*aparte*). Mientras yo comia, él estaba calladito; pero en cuanto la he dado á otro, se echa á hablar.

Pedro Mártir de Angora en sus cartas cuenta este pequeño hecho; lo mismo que en los demas narradores se hallan otros de que está llena la composicion de Lope.

Lucifer, segun habia prometido, va en efecto á sublevar á los indígenas que, cansados de la avaricia, lujuria y perfidia de los extranjeros, se arman con flechas y palos, dispersan á los Españoles y derriban la Cruz. Pero en esto se oye una armonía divina, y una Cruz milagrosa se ve salir poco á poco del sitio donde habia sido derribada la otra. El milagro triunfa de aquellos salvajes á quienes repugnaban los vicios europeos. En la última escena, Colon recibe en Barcelona las alabanzas de los reyes, por haber extendido tanto el dominio de Cristo y el poder de España.

Lo que forma la grandeza de este cuadro, pobremente bosquejado por nosotros, es el espíritu católico que ha presidido á su invencion, y que ha visto en aquel descubrimiento una conquista para la fe mas que otra cosa; tanto que el verdadero desenlace es el bautismo de los Indios en el último acto.

Calderon en la *Aurora en Copacabana* pone en escena la conversion del Perú, señalada por hechos heroicos y con las ceremonias que emplean ambas religiones (en verdad retratadas de la manera mas infiel) para celebrar sus fiestas, y el asombro mutuo con que se miran tanto los invasores como los invadidos. Estos últimos, que toman el buque de Pizarro por un nuevo monstruo, invocan á los dioses para que aparten de ellos las calamidades que los amenazan, y los dioses piden una víctima humana. La eleccion recae en la sacerdotisa Guacolda, amada por el inca Guascar y el héroe Yupanqui. La Idolatría (personaje que lleva traje indio negro, sembrado de estrellas, con juncos y plumas, el cual fascina á los Peruanos con continuos hechizos) insta por que se cumpla el sacrificio, y el inca aterrado consiente en ello, mientras que Yupanqui sustrae á su amada del poder de los sanguinarios sacerdotes y la pone en salvo. Los dos amantes, ella asustada y él dedicado enteramente á su defensa, atraen los ánimos, y los hacen palpitar con sus crecientes peligros.

En el acto II, que acaece siete años despues, el interes recae sobre Pizarro, que ataca con los suyos al Cuzco, ayudado y protegido por la Virgen María contra los Indios. Una enorme piedra le precipita de una escala; pero se levanta, por merced divina, sano y salvo, y vuelve al combate. El Cuzco estaba ya tomado y los Españoles descansaban en los palacios de madera, á tiempo que los Indios les pegan fuego; pero la Santa Virgen, invocada por Pizarro, acude nuevamente á su auxilio, y de en medio del coro de los ángeles derrama torrentes de